

# El sentido inmanente de la guerra

Interpretaciones de la guerra del Chaco III

Raúl Prada Alcoreza



*Dedicado a Paul Tellería Antelo, escritor sensible, sutil  
e intuitivo.*

Perdidos en el *acontecimiento* de la *guerra*, como hojas extraviadas en la tormenta, se baten sin llegar a *comprender* la *integralidad* de lo que acontece. Los combatientes han sido empujados por el vendaval de sucesos y eventos incontrolables, por lo menos, incontrolables por ellos, los que se encuentran enfrentados a la muerte, que los acecha. Tienen al *enemigo* por delante, que cada día que pasa, se parece, más bien, un *amigo* de penurias, que comparte el mismo *drama* al que fueron empujados por sus estados y gobiernos. Tienen, por detrás, por así decirlo, a sus recuerdos anhelados; los perfiles y rostros, así como cuerpos, detenidos en el *tiempo*, de los seres queridos. Los compañeros más cercanos sustituyen a la familia, los hombres de la escuadra se convierten en los hermanos de sangre, esta vez, no de la sangre heredada, sino de la sangre derramada. Sobresalen los nombres de los compañeros muertos, los que se libraron de las penurias, de la sed y también de la incertidumbre. En el combate, aunque sea confuso, por lo menos hay una *certeza*, es el *momento* ineludible cuando se decide si mueres o sobrevives.

Se los llevaron en camiones, arrancados de sus tierras, de sus comunidades, de sus familias, de sus *paisajes*, a un *paisaje*, que, al principio, parecía incomprensible; el esplendor de lo inhóspito. Empero, en la medida, que este *paisaje* chaqueño fue asimilándose, poco a poco, por la *experiencia* dura de estar ahí, dentro de sus *tejidos* y colores, que parecían indescifrables, se fue convirtiendo en el hogar dramático, compartido por los combatientes, cohabitado por los muertos, hendido por los heridos y alterado por sus gritos. Algunos murieron en el camino, no solamente antes del bautizo de fuego, sino, incluso antes de aprender a usar las armas. Otros murieron de sed, también por hambre y desnutridos. El tercer grupo de muertos corresponde a los que murieron en combate.

Los sobrevivientes no saben, a ciencia cierta, con plena *certeza*, si en verdad, sobrevivieron o, mas bien, están muertos o como muertos, y deambulan como *fantasmas*, en un *mundo* que ya no *comprenden*; el mismo *mundo* que antes creían entender. Se encuentran como anclados en el epicentro del *acontecimiento de la guerra*; atados y sueltos, relativamente libres, aprovechando el largo de la cadena que les permite moverse e ilusionarse con cierta soltura de movimiento; empero, presienten que nunca volverán a ser lo que fueron; lo más grave, que nunca llegaran a ser o a saber lo que han llegado a ser, después de la guerra.

En la *guerra* se pierde todo, el cuerpo y el alma; la alegría y también, incluso, la tristeza; solo quedan las preguntas sin respuesta; aunque también las *narraciones*, contadas entre amigos, contadas a familiares. En el mejor de los casos, convertidos en escritos, en memorias. La *guerra* no solamente es un *acontecimiento* extremo, sino, sobre todo, una *experiencia* extrema, radical; cuando la *vida* o la forma de vivirla, en esos momentos intensos y, a la vez, absurdos, te coloca ante la evidencia de la extrema vulnerabilidad humana. Cuando no solamente puedes morir, estás ante la muerte, sino cuando todo se derrumba, los valores, las creencias, las certezas, las teorías, los ideales. La patria, claro, *idea afectiva*, sentimental, enunciada apologeticamente, es lo que queda, de donde se puede agarrar uno, en pleno desmoronamiento de todas las seguridades, tenidas de antemano.

Las noches inmensas conectan las miradas con la belleza apabullante del firmamento; entonces ese obsequio de la concavidad inacabada resulta un consuelo, una caricia estética a los cuerpos sufrientes de los combatientes. Lo mismo ocurre en los momentos de silencio, de descanso, cuando no hay batalla, tampoco movilización; es como

sentarse a la sombra de un árbol frondoso, que te cobija con la ternura fresca de sus pensamientos vegetales. Es cuando se medita, de una manera tranquila, podríamos decir hasta lúcida, sobre la *vida*, el *mundo* y sus alrededores. El combatiente se convierte en un filósofo improvisado.

¿Qué es el ejército? ¿Una *máquina* o una *administración* imperturbable de cuerpos reunidos, incluso contra su voluntad? Para ser una *máquina de guerra* tendría que funcionar con todos los engranajes ajustados, en un diseño tecnológico coherente, orientando la ocupación espacial y sus desplazamientos; sin embargo, no parece ser esta clase de *máquina* la que se ha tenido cerca y como contexto, pues no funciona de esa manera. Mas bien, *funciona* de una manera *improvisada*, atosigada, azorada, de manera pesada, evidenciando incongruencias y desajustes, que solo apenas trata de ocultar con los gritos de mando de los oficiales. No, no es una *máquina de guerra*, es una máquina oxidada y averiada por y en la guerra; la guerra la ha vencido de antemano. Es una *máquina* constructora de la *derrota*.

Después de la *derrota* el ejército vuelve a las ciudades, a los cuarteles; los combatientes sobrevivientes retornan a sus hogares. Son recibidos como héroes, son los héroes de la patria; proliferan los discursos, los ensalzamientos; en las noticias de los periódicos se habla bien, se trata de no manchar ni entristecer esta llegada de los hijos del pueblo, que partieron a defender la patria. Solo los combatientes saben lo que ha pasado. Intuyen el *sentido inmanente* del *acontecimiento*. Empero se lo guardan como un *secreto*. Solo comentan, cuentan, narran lo que se presenta entendible al *sentido común* y a los oídos del común. Los combatientes saben que lo que ha acontecido es distinto a todo lo que se cuenta, a todo lo que pregonan los políticos, a todo lo que

elocuentemente enuncian los ideólogos, a todo lo que ellos mismos narran, en exposiciones improvisadas. Se llevarán el secreto, del sentido inmanente, no decodificado, no interpretado, a la tumba. No les dejarán a los vivos la herencia de este *secreto*; quizás no se la merecen, pues siguen creyendo en las *reglas del juego* cimentadas por las instituciones sociales y estatales. Quizás sea hasta adecuado dejarlos con esa tranquilidad ilusoria, no atormentarlos.

Alguien escribió una *narración* sugerente: *¡Qué solos están los muertos!* Habría que escribir otra *narración* sugerente: *¡Qué solo están los combatientes!* Sobre todo, los excombatientes. Están solos ante la develación intensa de que todo lo que se tiene a mano; todas las instituciones construidas, todos los sistemas de valores, los sistemas simbólicos, los sistemas ideológicos, los sistemas teóricos, se derrumban como castillos de naipes, cuando sopla el viento de la evidencia descarnada de que todo, sino es una ilusión, es apenas una improvisada composición, en constante mutación y metamorfosis.

¿Alguien puede preguntar a los combatientes muertos sobre esta *experiencia* extrema, acudir a la *memoria* apremiada, sonsacar el *testimonio* del *sentido inmanente* del *acontecimiento de la guerra*? Nadie puede. Los muertos no hablan, no tienen memoria, su *experiencia* sedimentada se ha diseminado con ellos. Ni siquiera preguntando a sus huesos se podrá encontrar un ápice de esta *experiencia*, de este padecimiento, de esta vivencia. No está en el ADN.

Los vivos, los que viven la *vida cotidiana*, los que llegan a la *guerra* a través de las noticias, en el mejor de los casos, a través de los libros, de los estudios e investigaciones, que auscultan minuciosamente sobre los registros históricos, están lejos del *sentido inmanente del*

*acontecimiento de la guerra*. Desconocen este sentido intenso, *inmanente* y, a la vez, inmediatamente *trascendente*. ¿Solo queda esperar para *aprender*? ¿Esperar otra *guerra*, cuando se podrá experimentar lo atroz, lo desmesurado y lo demoledor de este *acontecimiento*? Los que sobrevivan, si es que en la próxima guerra hay sobrevivientes, quizás repitan la misma actitud de los combatientes que volvieron de la guerra. No decir nada o decir lo poco que se puede decir de manera entendible al sentido común. Es mejor no esperar ninguna *guerra*, no experimentarla, no llevar a los hijos del pueblo como carne de cañón, para contrastar en terreno las tesis geopolíticas de los ideólogos, de los estrategas, de aquéllos que suponen que los *ideales* son superiores a la *vida*. Por cierto, éstos no saben nada de la *vida*, tampoco de donde han emergido las *ideas*, por lo tanto, los *ideales* y las *ideologías*. Es mejor *aprender* este sentido inmanente de otra manera.

No podemos decir que aprendamos este *sentido inmanente* en la *paz*, pues la *paz* es la otra cara de la *guerra*, donde la *guerra* se abre paso o se oculta, latente, en la *filigrana de la paz*. Sino aprenderla más allá de la *guerra* y la *paz*, la *paradoja* perversa de las sociedades humanas. Este más allá es la *vida*, en sus formas esplendorosas, proliferantes, intensas, variadas de la *potencia creativa*; en el caso de las sociedades humanas, de la *potencia social*.

El combatiente no solamente ha mirado la muerte, para decirlo metafóricamente, el rostro inmovible de la muerte, sino también, detrás de esta presencia acechante, como un sol eclipsado momentáneamente, ha visto la *vida*, en su plenitud, en su constante proliferante mutante *devenir*. Nada puede detener la capacidad infinita y creativa de la vida. Cuando mueren las *formas singulares* de la *vida*,

la proliferante *vida* no se detiene, pues la *vida* no se circunscribe en estas *singularidades*. La *vida* es una proliferante creación de *singularidades*, cada una de éstas corresponden a asociaciones de *singularidades*; la *vida* como constante *desenvolvimiento* de *asociaciones* y *composiciones de asociaciones de singularidades*. La muerte de las *vidas singulares*, forman parte del magma incandescente y fluido de la reproducción inventiva de la *vida*.

Por eso, al saber o, mejor dicho, al *intuir* este *sentido inmanente*, que se lo guarda como *secreto*, el combatiente muere tranquilo o relativamente tranquilo, a no ser que lo inquieten, al momento de morir, el recuerdo de los seres queridos, que también quedan solos, ante este desconocimiento del sentido inmanente. Creyendo que todo ocurre como dice la *narrativa estatal*.